

Macondo en U.S.A.

Enrique Neira Fernández

Ese mundo del realismo mágico, tan propio de nuestros países ecuatoriales y caribeños –bien retratado en “*Cien años de soledad*” de García Márquez y “*La casa de los espíritus*” de Isabel Allende– parece que también tiene su espacio, con ciertos tintes sureños y surrealistas, en los Estados Unidos de Norteamérica. Todo el mundo ha vivido esta semana un suspenso prolongado siguiendo la montaña rusa –con sus rápidos altibajos– de unas elecciones que pasarán a la historia como una de las más ajustadas, reñidas y dramáticas. “¿La superpotencia se volvió una casa de locos?”, pregunta el comentarista de Le Monde–Diplomatique, N. Birbaum. No ciertamente. Pero sí tocó esa zona crepuscular de la política, en la que los países en desarrollo solemos entrar. A la gran superpotencia, con la democracia más aceitada y automatizada del planeta, se le han enredado los hilos de la mecánica electoral y no ha podido todavía proclamar a su futuro presidente. Con cierta ironía el diario brasileño “*Folha de Sao Paulo*” editorializó: “Si las elecciones estadounidenses hubieran ocurrido en cualquier país latinoamericano, Washington posiblemente habría puesto el proceso bajo sospecha. No es difícil imaginar al expresidente Jimmy Carter, el eterno observador electoral, protestando...”. Y la corresponsal política del “*London Daily Mail*”, después de cubrir en un año las elecciones en Rusia, Zimbabue y Yugoslavia, reconoce que éstas últimas de Estados Unidos son las más raras. Y toca el fondo del problema cuando comenta: “Es raro que una nación que cree en las elecciones directas para todo, desde los barrenderos municipales hasta los jueces de distrito.., no confíe en el voto popular para elegir directamente a su presidente”.

CUESTIONAMIENTO DE LA MECANICA ELECTORAL

La regla general que se impone en los sistemas democráticos, y que se trata de apuntalar con una adecuada legislación electoral, es la de acatar la voluntad del Pueblo como la suprema y definitiva. El que gana la mayoría es el que debe gobernar; tiene el respaldo popular mayoritario, y con él, la necesaria legitimidad para mandar. “No manda todo el que quiere, sino el que puede”, el que puede contar con esa mayoría legitimatoria de los electores. Por eso, es difícil de entender para mucha gente que, en el caso actual de Estados Unidos, el candidato que ya obtuvo la mayoría de los votos populares (con un margen a su favor de 250.000 votos) pueda no ser el presidente electo. Y ello debido a un anacrónico sistema, que data de 1788, que configura un Colegio Electoral de 538 miembros, con representación proporcional al número de ciudadanos de cada uno de los 50 Estados miembros de la Federación. En cada Estado el que gana la mayoría gana todos los votos de

los delegatarios. El número de éstos va desde los 54 del Estado de California hasta los 3 de Estados pequeños como Dakota, Vermont, Wyoming, Washington D.C., Delaware, Montana. Dado que en la coyuntura actual, los votos electorales de Florida, que son 25, deciden en un sentido o en otro la Presidencia, es comprensible que el Partido demócrata haya impugnado los resultados del Condado de Palm Beach, ya que su candidato Gore tiene la fuerza moral para hacerlo, por haber ganado el voto popular nacional. Pero todo esto se podría haber evitado con un sistema menos alambicado. Y queda planteado el problema de una baja legitimidad del nuevo gobernante, con apenas un 26% de apoyo popular a su favor, dado el índice de un 48% de abstención general.

¿CUESTIONAMIENTO DE LA ERA CLINTON ?

En mi anterior columna (“¿Prosigue la era Clinton?”, *Frontera* 30 octubre) yo me atreví a afirmar que sobre el hecho incontrovertible de una era Clinton de 8 años de paz, con respetabilidad mundial y excelente desempeño económico, con alto empleo, mínima inflación y bienestar generalizado, era presumible pensar que el electorado norteamericano no seguiría la voz de sirena de los republicanos invitando a raspar a los demócratas. Más que por personalidades o programas, el elector medio (allá como acá) vota por el bolsillo . No es fácil querer cambiar, cuando las cosas van bien. Sin embargo el ajustado empate muestra que un 49% del electorado norteamericano quiere que el vicepresidente de Clinton asuma la presidencia y otro 49% que los republicanos tomen el Ejecutivo además del Congreso. ¿Cómo se explica este resultado? Aunque la personalidad de Bush tuvo más aceptación en los dos primeros debates televisados, en el tercero Gore picó adelante, y su personalidad no desencanta al país. Los programas de ambos candidatos no difieren sustancialmente. Ambos prometen gastar bien el enorme superavit fiscal que deja la administración Clinton. Gore con más gasto social en educación y salud. Bush devolviendo impuestos y estimulando más el mercado. Birbaum (de París), en un análisis de hace varios meses, apuntaba a dos factores, que pensamos podrían haberse movido simultáneamente para afectar los resultados. 1º) Clinton habría cedido demasiado a la derecha. Habría transigido con sus principios desde 1995, cuando afirmó que “la época del gran gobierno se había acabado”. Rompía, así, con la tradición demócrata de reforma y gasto social. Y fue paulatinamente acabando con las diferencias que tenía con los republicanos, poniéndose al servicio de las necesidades nacionales e internacionales del capital norteamericano, remplazando los proyectos sociales sólidos por un individualismo moralizante de simple connotación protestante. Con todo, no se alineó a la derecha y se pronunció por mayor inversión estatal en educación y salud; y mantuvo abierto su discurso sobre las libertades culturales y las relaciones raciales. Pero para el republicano Bush no era difícil hacerse a estas banderas populares de centro. 2º) Birbaum apunta como segundo factor a la dimensión sureña

antidemócrata, con elementos éticos y fundamentalistas, que intentó sacar a Clinton por sus deslices, y que sigue haciendo pensar a un buen número de encuestados que habría más honestidad y confiabilidad en Bush que en el vicepresidente de Clinton.

CONCLUSION

Hay ambivalencia (¿quizás confusión?) en el nuevo electorado de EUA, que explica lo cerrado de la votación. Desea seguir teniendo las ventajas del bienestar logrado por la administración demócrata; pero, a la vez, un gobierno más reducido, menos activo y más honesto.

Cualquiera que sea el gobernante de este nuevo Macondo (con Remedios la Bella subiendo al cielo y José Arcadio Buendía, el inventor loco esforzándose por fabricar la piedra filosofal y fotografiar a Dios) ese gran país que es Estados Unidos proseguirá la ruta del “destino manifiesto”, como única superpotencia económica y militar, que enarbola por doquier los grandes valores democráticos, pero no puede evitar los inevitables altibajos de su movido “roller coaster” de Palm Beach.

neirae@ula.ve

<http://www.ula.ve/observatorio>